

LOS CORDELES DEL ZAHORÍ.

De lo sucedido una noche de lobos junto a la Hacienda de las Monjas en Quintos junto a Sevilla.

ALFONSO TOMÁS CANTADOR ALIAS.

Relato ganador en la categoría local de la XVII edición del Concurso de Cuentos de fantasía y misterio "Idus de Marzo", organizado por el Ayuntamiento de Dos Hermanas (Sevilla).



El año del Señor de 1569 tocaba a su fin. El ambiente olía a sangre descompuesta y a carne quemada, como si casualmente, el hedor de las entrañas humanas se diferenciase a las de cualquier otro animal de la naturaleza. En los arrabales de Frigiliana, y por los caminos que partían de allá, las gentes salían en desbandada tras la cruenta batalla acaecida buscando algo mejor que la miseria o la muerte. Nadie podía permanecer un minuto más en aquella situación agravada desde los edictos persecutorios del gobierno o la peste. La tropelía de gentes desarrapadas y hambrientas huía sin rumbo fijo a ninguna parte después de que las huestes del reino entraran a sangre y fuego en la comarca. En el camino, compartido por los que se batían en horrenda retirada, un zahorí de Granada al que también le había tocado la mala fortuna de ser morisco y por tanto perdedor y perseguido, se unía a la caravana. Raimundo de Bentomiz, que así se hacía llamar, era rabdomántico y había aprendido el oficio, y tal vez heredado los poderes de detectar el agua o las vetas de metales, de su bisabuelo. Poseía gran maña y sensibilidad para encontrar minas, hecho que le había posibilitado la fortuna de ganarse la vida con cierta holganza, lo que unido a su don de gentes y capacidad para el liderazgo, le convertían en un personaje atractivo para los suyos y díscolo para los adversarios. Morisco practicante, no dudó en tomar la decisión de abandonar sus tierras por los acontecimientos que se sucedían. Su mujer e hijos habían perecido en la represión y

sólo le quedaba la idea de comenzar muy lejos de allí, tal vez en otros mundos, una vida distinta. Las únicas pertenencias que conservaba en una talega de lino, eran los aperos de zahorí y una honda de cuero curtido que en ocasiones, y montada con los mismos cordeles que le servían junto al péndulo para la búsqueda de agua, usaba para ahuyentar alguna alimaña, o para poner pies por medio ante cualquier salteador de caminos. Al cinto, colgábale una fina hoz enfundada en una piel de oveja, que le hacía las veces de herramienta para proveerle de alimento, y a su vez como la honda, de arma defensiva y arrojadiza ante la embestida de cualquier maleante. En su huida, se hizo acompañar de un grupo de conocidos, donde viajaban varios niños de corta edad, que morían a las pocas horas de salir a su último viaje. La peste se encargaba de todo. No se sabía a quien temer ni tener más miedo; si a los reyes y sus enviados de muerte en figuras de corregidor, o a la enfermedad que no tenía piedad ni con ricos ni con pobres. La batalla de Frigiliana y la rebelión de Bentomiz hicieron el resto. El grupo, liderado por Raimundo, ponía rumbo hacia Sevilla a sabiendas de que el camino, que hacían principalmente de noche para no ser descubiertos, sería largo y fatigoso, además que de dudoso éxito. Una noche, después de varias semanas desde su partida, los huidos que se confundían en el camino con apestados o leprosos, vislumbraban en la lejanía desde una colina, las luces que dedujeron por la distancia y el tamaño, ser de Sevilla, y calculando que ya no era tiempo para llegar hasta allí y pasar desapercibidos en la muchedumbre de la urbe, acamparon junto a unos muros de lo que parecía una gran hacienda. Tantearon la distancia en varias leguas hasta donde el horizonte se confundía con las luminarias de las torres de la ciudad. Un arroyo próximo a la hacienda de aguas transparentes, ayudaba a aliviar la sed del grupo y a tomar la decisión para la acampada. De los olivos podados y recolectados con anterioridad, prendían algunos ramilletes de aceitunas, que crudas, machacadas y enjuagadas en el arroyo próximo, pasaron por sal,

y junto a berzas de temporada arrancadas de una huerta contigua, formarían parte del menú de la primera noche a los refugiados escondidos bajo montones de ramas secas dispuestas para su quema. Una morera ciclópea próxima a la hacienda junto a una noria, se llenaba de pájaros para pasar la vigilia, y su estrépito, era escuchado a larga distancia. Poco después, alguno de los perros de la hacienda, como presagiando en el cielo de luna llena alguna calamidad, salían a hacer su ronda y ladraban como posesos desde el mismo momento en que en lo más alto de una ladera próxima repleta de pinos, eran visibles las siluetas de una manada de lobos, que lanzaron al aire aullidos para dejar constancia de su presencia. Desde lejos, sus ojos brillaban como diminutos luceros habiendo advertido de sobra, el movimiento de humanos en los alrededores, y entre ellos, la presencia de dos niños que sobrevivían aun, y que podían para los cánidos, ser un bocado tierno en época de poca caza y peor cabaña de ovejas. Algún pastor de la zona o habitante de la hacienda, había soltado al escuchar el aullido de los lobos un enorme mastín, cuyo cuello lucía una ancha carlanca de púas afiladas y en su barriga, rodeada por una basta correa de cuero repujado, remataba una pica de acero cortante para la lucha con animales de su talla. Como perdonándole la vida, el mastín dio con el escondrijo de Raimundo, y mirándose ambos fijamente a los ojos, y después de unos segundos tensos en los que el perro había exhalado su vaho caliente y fétido sobre la cara del huído, el can marchó hacia su procedencia mientras el de la rabadomancia, sudaba después de un rato interminable de pánico.

-¡Nos tendremos que arriesgar a pasar la noche a extramuros para recuperar fuerzas!

-Si mañana pasamos el día a cubierto de las ramas de olivo taladas y no nos descubren, llegaremos a Sevilla la noche siguiente –hablaba Bentomiz al grupo una vez el perro se perdía de vista, y el líder se aseguraba que todos permanecían escondidos.

Una nube negra caía inmisericorde sobre la luna que con anterioridad lo iluminaba todo. La noche aparecía de repente, y como si de un mandato a los lobos que rodeaban la hacienda, la oscuridad les otorgaba el efecto de un silencio sepulcral. Raimundo y los demás, sin querer abandonar los hatos de ramas donde se habían refugiado esperando la marcha de los guardeses y moradores de la hacienda, aguardaban casi sin respirar un soplo de aire, que las puertas de la misma anunciaran con su crujido el cierre, y las últimas antorchas abandonasen la estancia. Entre tanto, esperaban que el sonido gratificante y chirriante del cierre del portaron de madera indicase que no quedaba nadie dentro, y de esta manera pudiesen salir de los escondites e intentar retomar la marcha hacia el puerto de Sevilla. Cuando todo estaba en calma, un ruido seco como si de una rama tronchada por la pisada de un ser vivo de peso considerable se tratase, inundaba la escena. Todos los miembros del grupo retomaban la posición de cuerpo a tierra; en sus mentes la imagen del corregidor o los lacayos que retomaban el lugar, y sobre sus mentes, aparecían las imágenes dejadas en su tierra cargadas de terror y angustia. Presagiaban alguna calamidad extrema y por sus cabezas rondaba la pesadilla de que algo o alguien a modo de fantasma o ser mágico los observaba desde la llegada a ese paraje. Más de uno comentó después que una especie de sombra no cesaba de merodear la hacienda como si la vigilase con celo. Casi sin resuello y en un momento de valor izó la cabeza de entre las ramas de olivo, y oteó a unos cien pasos de distancia una figura humana con un candil encendido de aceite en las manos y algo semejante a una alabarda en la otra, que desapareció súbitamente como por arte de encantamiento.

-¡No os mováis...son soldados o algo por el estilo!- murmuro a los escondidos con la consigna de que pasasen el mensaje con sigilo y lo más silenciosamente posible.

-¡Ahora mismo trataré de averiguar si son más de uno! -Continúo el zahorí.

Al momento, tras unos minutos interminables donde solo el canto de una lechuza desde el tejado de la hacienda, rompía la tensión desatada en el ambiente, un fuerte y desgarrador gruñido sonó junto al muro del edificio. Daba la impresión desde el silencio y la posición en que se encontraban los refugiados, que una alimaña gigante o más aun, un lobo o perro de dimensiones desconocidas, desgarrase de pronto con sus fauces a algún ser vivo, o peor aún, a algún humano errante de los que componían el grupo de huidizos. El pánico se incrementaba por momentos, y los latidos de los corazones de los que permanecían escondidos bajo las ramas, casi se podían percibir desde su Axarquía de origen. Raimundo intentó alcanzar su zurrón de cuero que siempre llevaba encima, y del que no se despegaba un instante, para sacar una daga morisca con la que defenderse de un supuesto ataque de alguno de los lobos que intuía le rodeaban.

-¡Mil rayos! -Hace un momento tenía mis pertenencias a mi lado y han desaparecido...
¡No puede ser posible! -Pensaba para sus adentros...-Nadie las ha podido robar máxime cuando no nos hemos movido y tampoco he notado que nada pasara por encima de mi cuerpo. Después de más de una hora casi sin respirar y casi inerte, su desesperación le vencía, decidiendo que aun jugándose la cabeza y la del resto de sus gentes, saldría de las ramas y haría frente a lo que hubiese por los alrededores. Seguramente, los soldados ya habrían desaparecido rumbo a la ciudad y lo más seguro es que algunos lobos siguieran deambulando por la zona al olor de las personas que estaban escondidas, y en el peor de los casos, en manada devorasen a alguno de los suyos. Armándose de valor, y mientras su vista ayudada por la desaparición de la nube negra que despejaba la luna y daba un tinte más clara la noche, se aseguró que nadie que les pudiera hacer daño o se encontrara por los alrededores. En otro alarde de coraje, comenzó a llamar sin apenas salirle la voz del cuerpo a los de la partida, para confirmar que todo había pasado.

-¿Estáis bien? ¡Vámonos lo antes posible! ...-El peligro de los lanceros ha terminado...

Poco a poco, y mientras Raimundo prendía una tea a modo de antorcha, las personas iban saliendo de debajo de las ramas tiritando de miedo y presas de pánico todavía.

Cuando al rato ya reunidas decidían reanudar la marcha pasada la media noche y emprender el camino, una de ella tropezaba con un cuerpo...

-¡Cielos, es un soldado y parece estar muerto!

Raimundo acercaba la antorcha al cadáver y tras palparlo y notar que no tenía resuello, pese a que el cuerpo estaba todavía relativamente caliente, pudo contemplar con espanto como su cara, con los ojos casi sacados de las órbitas, presentaba la expresión de haber sufrido en el silencio una muerte cruel. El de la mesnada llevaba el cuello anudado con una de las cuerdas que utilizaba con sus péndulos el zahorí que le provocaba una abismal acanaladura en su cuello, ya que con toda seguridad, fue estrangulado de manera trágica con el mismo cordel trenzado que Raimundo había utilizado en tantas y tantas ocasiones en busca de agua.

-¡No miréis! Exclamó Raimundo ¡Alejémonos y pongamos rumbo a Sevilla!

Emitida la orden, y a varios metros del grupo, una de las mujeres que lo componían y que cobijaba en su seno a uno de los niños que quedaban con vida, avisó a Bentomiz de la presencia de una persona o algo de aspecto antropomorfo, que se les interponía al paso. Tras avanzar unos metros hacia el grupo, se pudo reconocer a un hombre de aspecto descuidado, cubierto con harapos y con el pelo y la barba casi por la cintura, en cuyas manos colgaban unas cuerdas, y cuya visión recordaba la de un ser primitivo saliendo de las cavernas o del mismísimo averno.

-¡Quien va! -exclamó Raimundo de Bentomiz.

-¡No temáis! -No os haré daño alguno...-contestó con voz enérgica el aparecido.-Vengo a devolveros unas pertenencias que tomé prestadas al poco de apreciar vuestra presencia en estos que son mis dominios.

-¡Identifíquese o de lo contrario monto la daga! – gritó el preboste.

-Tened calma...-Soy de linaje Pocasangre. -Mi abuelo Alemán Pocasangre era el último propietario de estas tierras. -Os vengo observando desde vuestra llegada y noto que sois proscritos al igual que yo.

-¿Vos acabáis de liquidar a un soldado con una de mis cuerdas? –pregunto Raimundo.

-Ha sido una desafortunada incidencia...-Os repito que no temáis...-Mi venganza no va contra ninguno de ustedes...-Os juro estimado caballero -continuaba el desaliñado personaje, que sólo tomé la herramienta prestada sin ánimo de robarla. Mi razón era la de acometer cierto trabajo pendiente sin ánimo de causaros molestias...-pero decidme -¿Quiénes sois y qué hacéis escondidos por estos lares?

-Somos moriscos en busca de nuevas tierras. -Salimos hace unas semanas de la Axarquía por el camino de Ronda y hemos llegado aquí para embarcarnos a Indias. Pero, -¿por qué ha cometido ese crimen si tiene a bien darnos cuenta?

-Sepa vuesa merced –contestó Pocasangre, -que una afrenta familiar me lleva a tal desatino. Mi familia fue acusada hace muchos lustros de herejía y como tal, desposeída de sus bienes. Sus tierras fueron vendidas a don Pedro Enríquez a finales del siglo pasado y mi venganza está tomando cuerpo. -Vago como fantasma día y noche por estos lares con la idea afrentar el último deseo de mi abuelo Alemán después de verse ultrajado por causa de sus creencias. Le juré venganza en el último hálito de su vida y aquí me veo, empeñado en cumplir mi voto. -Dentro de poco parten galeones para las Indias...-continuaba Pocasangre. Si queréis yo mismo os acerco por atajos hasta el puerto de la ciudad y mediante cierto contacto, os enroláis como marineros de fortuna...

-Decid a vuestra gente que pueden salir sin temor...-Ya no queda ningún enemigo en la zona os lo aseguro...-exclamó el andrajoso personaje.

Después del encuentro con Pocasangre, el grupo emprendió bien entrada la noche camino hacia el puerto de Sevilla según las indicaciones del mismo y sin la presencia de éste por deseo expícito de Bentomiz. Llevada una media hora de camino, un ruido incesante de fanfarrias y panderos que quebraba la noche, alertaba a la expedición en un cerrado cercano a la vereda por la que habían iniciado su última noche de viaje. Un grupo de húngaros gitanos ataviados con ropajes largos, collares vistosos que relucían a la luz de la lumbre y grandes pelambreras recogidas en trenzas en su mayoría, celebraban sin pudor lo que parecía un aquelarre. Eso los tranquilizó, porque en un primer momento, la imaginación de Raimundo le llevó hasta un festín de soldados custodios de una cuerda de presos, donde sus guardianes, haciendo caso omiso a las ordenanzas, bebían y disfrutaban ante reos carne de cadalso. Todos, incluso los dados a la holganza, esperaban que el río Guadaira al que tenían que cruzar, dejase ver con las primeras claras del día, el vado o el lugar más idóneo para atravesarlo. Una especie de caravana de antorchas hizo acto de presencia y sin tener que esperar al alba, indicó el camino para vadear el Guadaira, dejando atrás con celeridad, el asentamiento que continuaba con desenfreno la fiesta. Después de repetir el paso sin ser vistos y al amanecer sin darse cuenta, alcanzaban el margen izquierdo del Guadalquivir, y a las primeras luces del alba, pudieron distinguir los galeones amarrados al muelle de Sevilla. El puerto olía a salitre, a pescado y a especias, como en una amalgama de esencias que se desparramaba por las dos orillas. El ir y venir de gentes, carros y bestias cargadas, les insufló un halito de esperanza y les devolvía casi todo el espíritu perdido desde la salida de las Alpujarras. Lo del cortijo de Las Monjas parecía quedar años atrás pese a haberles sucedido la noche anterior; la imagen del sucesor de Pocasangre no se borraba

de la vista a nadie, mientras que Raimundo, esperanzado por su pronta salida de España, no veía sino otros mundos en su imaginación. Solo quedaba contactar con la persona a la que en un pergamino, le dirigía un salvoconducto firmado por Pocasangre la noche anterior, y le rogaba caridad y trato de favor para los expedicionarios. Las instrucciones dadas por este para el reconocimiento de la figura del enlace eran claras: Un varón de complexión oronda y estatura baja, con la cabeza rapada y brillante, ataviado con un jubón rojo y una gorguera de lienzo alechugado en el cuello tan desproporcionada como su diminuta estatura, sin duda, para dar un carácter culto que no poseía. No fue difícil encontrarlo tras unos minutos de vueltas por el muelle, ya que la misma gola lo delató a distancia y desde cualquier perspectiva en la que se mirase. Se encontraba poniendo en pie una lista de personas para embarcar, cuando en un momento de silencio a pesar del bullicio, era abordado lacónicamente por Bentomiz.

-¿Tiene vuesarced un minuto para atender a este humilde viajero?

-¡Vos diréis!- contestó el listero.

-Me ruegan lea esta recomendación de un viejo amigo suyo, un tal Pocasangre, en la que se le pide un favor a un grupo de necesitados.

-Veamos...-refunfuñó el marino, -Os vais de España y habéis dado con la persona indicada, más aun cuando quien firma este escrito es conocido al que debo favores por tratos a mi familia. -Decidme ¿a qué os dedicáis y a quien tengo el honor de atender?

-Soy Raimundo de Bentomiz, zahorí y morisco que huye de las injusticias –contestó bajando el tono de voz como para no ser oído por nadie que le pudiese delatar...

-En Indias no os faltará el trabajo a buen seguro amigo mío- contestó el de la gola.

-Mañana -continuaba el encargado, -con la marea alta parte a Indias un galeón que necesita marineros de temple y aguerridos. -Si os enrolarais ahora mismo, os aseguro pan y pasaje para varios meses de travesía a cambio de ciertos trabajos en la nave.

-No se hable más, somos ocho los que quedamos del grupo y de los que le estaremos eternamente agradecidos de este regalo de dioses.

-Déme sus nombres y le ruego se presenten al amanecer en este mismo lugar mañana mismo,-;Queden con dios!...-replicó con voz enérgica.

Todo el día los expedicionarios alternaron por el puerto de Sevilla, mezclados con la turbamulta para pasar desapercibidos. Se saciaron en algunos tabernáculos de los alrededores donde incluso se permitieron algunas risas pasando por comerciantes o marinos de fortuna. Completaron la noche cobijados junto a una pila de fardos de algodón que acababan de llegar de ultramar, y al amanecer, siguiendo las instrucciones de Bentomiz, se presentaron en el lugar acordado por separado para no levantar sospechas, respondiendo y embarcando uno a uno a la llamada del personaje singular del jubón rojo. La nave había partido con la marea, y atrás quedaba toda una vida de calamidades e injusticias. Cada uno de los huidos tras la cruenta experiencia vivida en Frigiliana, se fue acomodando al barco y acatando las órdenes que los oficiales del mismo le encomendaban. Raimundo de Bentomiz al que se le había asignado el oficio de baldeador en la nao, tuvo de repente una extraña sensación que le hizo recordar de inmediato el episodio de la hacienda de Quintos. Algo le turbaba e inquietaba cuando como por arte de magia, le volvían a desaparecer las cuerdas de zahorí al igual que en aquella noche de terror junto a los muros de una hacienda desconocida. Uno de los marineros daba la voz de alarma: uno de la tripulación aparecía ahorcado en el palo de una vela del barco. Esta vez Bentomiz imaginando lo peor, y lejos de tierra firme con el océano por delante, volvía a sentir un miedo que le retorció su interior. Ahora el pánico no era tanto a lo desconocido que se pudiera ocultar mas allá del horizonte por donde se ponía el sol y a donde se dirigían, sino por algo que como a modo de eterna maldición, volvía a inquietar su ánimo persiguiéndole. La primera noche en el mar,

eclipsada por nubes negras similares a las del encuentro con Pocasangre, le hacía presagiar algo desagradable. Refugiado en la bodega del barco y acurrucado en un rincón de la misma, así fuertemente con sus manos la daga morisca que conservaba, pensando que todo no era más que producto de su imaginación, o que tal vez con suerte, y a consecuencia del ajetreo en el barco, los cordeles del zahorí se habían extraviado, o se le habían caído guiados por el peso del plomo del péndulo hacia el fondo del océano. El camino a otra parte había ya comenzado y todo ahora era pues irreversible.